

Dióles á ambos el Genio soberano  
La misma inspiracion, el mismo aliento:  
Mas pasando tal vez de una á otra mano  
De uno y otro el armónico instrumento,  
El Arabe poeta y el Cristiano  
Sacan de él á la par distinto acento;  
Exhalando mezclada su armonía  
La Arabe y la Cristiana poesía.

Confundidos así sus dos cantares  
Entonan á una voz los dos cantores,  
Y de la Cruz divina los altares  
El poeta oriental orna con flores  
Que tejen las huris sus tutelares;  
Pero de un solo SER adoradores,  
"NO HAY MAS QUE UN SOLO DIOS"—dice el Cristiano  
"NO HAY MAS DIOS SINO DIOS"—el Africano.

Tal es la historia peregrina y bella  
Que os dan sobre estas hojas estendida.  
Leedla sin temor: nada hay en ella  
Que la razon rechace, ó la fé impida;  
La luz que de sus páginas destella  
Despierta el alma á la virtud dormida,  
Y eleva el corazon, el pensamiento  
A la pura region del firmamento.

Leedla pues: y el ámbar que perfuma  
Del paraiso la mansion divina,  
Y el resplandor que de la Esencia suma  
Derramandó los mundos ilumina,  
Y el rumor que levantan con su pluma  
Las alas de Grabriel cuando camina,  
Embalsame y alumbre, y dé contento  
A cuantos lean el *divino cuento*.



# GRANADA

## POEMA ORIENTAL.

~~~~~  
Cristiano y Español, con fé y sin miedo,  
Canto mi religion, mi patria canto.  
~~~~~



## LIBRO PRIMERO.

### ESPOSICION.

I.

#### INVOCACION.

بِسْمِ اللّٰهِ الرَّحْمٰنِ الرَّحِیْمِ

En el nombre de Dios omnipotente  
Cuya presencia el universo llena,  
Cuya mirada brilla en el oriente,  
Nutre las plantas y la mar serena,  
Canto la guerra en que la hispana gente  
Al Africa arrojando á la agarena,  
Selló triunfante con la cruz divina  
Las torres de la Alhambra granadina.

¡Espíritu de Dios único y trino,  
Angel custodio de la fé cristiana,  
Unico fuego que del cielo vino,  
Unica fuente que incorrupta mana,  
Unico rayo de fulgor divino,  
Unica inspiracion que soberana  
Eleva al Criador la poesía,  
Yo invoco tu favor para la mia!

Sostén mi voz, mi espíritu aconseja:  
Mas tolera que en cármén africano  
Recoja alguna flor con que entreteja  
Cairel morisco á mi laud cristiano:  
Ni juzgues que mi fé de tí se aleja,  
Si algunas veces del harem profano  
Las alkatifas perfumadas piso,  
O invoco á las hurís del paraíso.

Voy la gloria á cantar de dos naciones  
Por religion ó instintos enemigas,  
Que, fieles á la par á sus pendones,  
Prodigaron al par sangre y fatigas,  
Rojas brotar haciendo sus legiones  
Con la sangre comun aguas y espigas:  
Y cual la de las dos corrió mezclada  
Junta debe su gloria ser cantada.

Pues no porque en su límpida entereza  
Conserve yo la fé de los cristianos,  
Que hicieron del desierto á la aspereza  
Volver á los vencidos africanos,  
Del vencedor loando la grandeza  
Trataré á los vencidos de villanos.  
No: siete siglos de su prez testigos  
Los dan por caballeros si enemigos.

Lejos de mí tan sórdida mancilla:  
Antes selle mi boca una mordaza,  
Que llame yo en la lengua de Castilla  
A su raza oriental bárbara raza.  
Jamás: aún en nuestro suelo brilla  
De su fecundo pié la estensa traza,  
Y, honrado y noble aún, su sangre encierra  
Mas de un buen corazón de nuestra tierra.

¡Augusta sombra de Isabel! perdona  
Si mi ruda canción osa atrevida,  
Llegando irreverente á tu persona,  
Del féretro evocarte á nueva vida.  
Sé que la gloria que inmortal te abona  
No puede por mi voz enaltecida  
Ser: mas yo bajo á tu mansion mortuoria!  
No á engrandecer, sino á adorar tu gloria.

Dícelo así al católico Fernando,  
Si en medio de las dichas celestiales  
Alguna vez, por el Eden vagando,  
Recordais vuestras glorias terrenales,  
La oscura tierra desde el sol mirando:  
Y al escuchar mis cánticos mortales,  
Mirad á vuestra gloria que me inspira,  
No al rudo canto de mi tosca lira.

Y vosotros, guerreros de Castilla,  
Honor de sus mas ínclitos solares,  
Nobles condes de Cabra y de Tendilla,  
Merlos, Tellez, Girones y Aguilares,  
Cárdenas y Manríques de Sevilla,  
Fieles Vargas, intrépidos Pulgares,  
Córdovas generosos de Lucena,  
Impávidos Clavijos de Baena:



Mendozas de alta prez, Portocarreros  
Y Ponces de Leon, de cuya historia  
Sus anales jamas perecederos  
Henchidos guarda la española gloria:  
Y vosotros tambien, ¡oh caballeros  
Arabes! dignos de gentil memoria:  
Muza, postrero cambiador del Darro,  
Indeciso Boabdil, Zagal bizarro,

Aly-Athar insepulto, Hamet Rondeño,  
Lince de las fronteras castellanas,  
Reduan inalterable y zahereño,  
Gazul de las doncellas africanas  
Querido, Hazen tenaz, Ozmin trigüeño,  
Tarfe, horror de las crónicas cristianas;  
Y vosotras sultanas granadinas  
De nombres y leyendas peregrinas;

Aija la varonil, matrona osada  
Jamás rendida á su fatal destino:  
Zoraya, la cautiva renegada,  
Por cuyos hijos la discordia vino  
A derribar el trono de Granada:  
Moraima la de Loja, á quien su sino  
Obligó á encomendar sin esperanza  
Vida y honor á castellana lanza;

Perdonadme tambien si mis canciones,  
A traves de los mármoles tendidos  
En vuestros solitarios panteones,  
Hieren en ronco son vuestros oídos.  
Sé que merecen mas vuestras acciones  
Que elogios en mi voz mal atendidos:  
Mas si, en fuerzas escaso, á tal me atrevo,  
Es porque sé lo que á mi patria debo.

Sé que es la empresa donde me he empeñado  
Dédalo oscuro, inmensurable abismo,  
Do solo penetrar han intentado  
Necia temeridad ó alto heroísmo:  
Conozco que, en mi orgullo, demasiado  
Fio en mi corazón, fio en mí mismo:  
Mas supera la fé mi atrevimiento,  
Y fio en Dios que abonará mi intento.

Deliciosos recuerdos de otros dias  
De honor y de placer, de amor y gloria,  
Que envuelta en romancescas fantasías  
Guardais oculta vuestra bella historia,  
Exhalada en confusas armonías  
De himnos de amor y gritos de victoria,  
Dad á mi corazón, dad á mi aliento,  
Generoso poder; canoro acento.

Aguilas que os cerneis con corvo vuelo  
Sobre el Atlas y el Cáucaso: pastores  
Que sesteais á la sombra del Carmelo  
Y bajais al Jordan los baladores  
Ganados: y vosotros los que en pelo  
Montais salvajes potros voladores,  
Hijos de los ardientes vendabales  
Que barren los egipcios arenales;

Tribus perdidas y á las de hoy estrañas,  
Para quienes la Europa no se ha abierto,  
Que incendiáis al huir vuestras cabañas  
Y en la Zahara avanzais el paso incierto:  
Gacelas de las árabes montañas,  
Apareadas palmas del desierto,  
Caravanas errantes á quien ellas  
Dátiles dan y leche las camellas;

Palomas de los cármenes floridos  
Que bordan las colinas de Granada:  
Golondrinas leales que los nidos  
En la Alhambra colgais: enamorada  
Raza de ruiseñores que escondidos  
Gorgeais de su bosque en la enramada:  
Arroyos que, á su sombra, bullidores  
Lameis su césped y meceis sus flores;

Sierras que cubre el sempiterno hielo  
Donde Darro y Genil beben su vida:  
Valles salubres, trasparente cielo  
De la Alpujarra aún mal conocida:  
De Málaga gentil alegre suelo  
De la hermosura y del amor guarida:  
Mar azul, cuyo lomo cristalino,  
A las quillas de Agar prestó camino:

Abridme los tesoros encantados  
De vuestras glorias mil tradicionales;  
Dadme á beber los que guardais sagrados  
De inspiracion inmensos manantiales;  
Germinad en mi mente, no estudiados,  
Vuestros cantos de amor meridionales,  
Porque pueda brotar del arpa mia  
Vuestra oriental y vírgen poesía.

De sus cuerdas despréndanse sonoras  
Esas modulaciones nunca oidas  
Por los pueblos de Europa, y de las moras  
Tribus por nuestros pueblos aprendidas;  
Esas notas ardientes, tentadoras,  
Que aun hoy por tosca mano repetidas  
Renuevan en los huertos de la Alhambra  
La de veloz compás morisca zambra.

Venid en torno á mí, generaciones  
Ateridas del Norte, que con pieles  
Vestís vuestras moriscas tradiciones,  
Rasgando sus bordados alquiceles:  
Venid á oirlas en sus propios sonos  
Y lengua original de bocas fieles,  
Al pobre son de bárbara guitarra,  
Debajo de un peñón de la Alpujarra.

Venid, aprendereis del medio dia  
Cuál el origen es de los cantares:  
Que jamás comprendió vuestra alma fria;  
Sabreis como entre bélicos azares  
Nació la abrasadora poesía  
De nuestros bellos cantos populares:  
Y en el lujo oriental de su riqueza  
Considerad su bárbara grandeza.

Pues por hijos de bárbaros osada  
Vuestra historia nos da, sea en buen hora:  
No esa bárbara estirpe renegada  
Será por mí; mas á admirar ahora  
Venid el rastro que dejó en Granada  
La ilustracion de nuestra estirpe mora:  
Y en el lujo oriental de su riqueza  
Adorad vuestra bárbara grandeza.

Sí: yo os voy á contar la historia bella  
De esos á quien llamais fieros salvajes,  
Y fio en Dios que entendereis por ella  
Que puede despreciar vuestros ultrajes  
Quien Alhambras dejó sobre su huella,  
Quien labró fortalezas como encajes,  
Y quien colmó por cóncavo arrecife  
Las albercas del real Jeneralife.

Yo os voy á hablar del mágico recinto  
De esta por ellos habitada tierra,  
Y á mostraros lo que este laberinto  
De jardines y alcázares encierra.  
En llanto y sangre le dejaron tinto,  
Pero tan fértil con su amor y guerra,  
Que la flor mas silvestre aromatiza  
Y el mas vulgar recuerdo poetiza.

Yo os haré ver, de nácar, concha y oro  
Sobre arcos, sus balsámicos pensiles  
Do brotan junto al cedro el cicomoro,  
Junto al nudoso abeto las gentiles  
Palmeras, junto al álamo inodoro  
El plátano aromado, las sutiles  
Hebras de la ancha pita entre rosales,  
Y el fragante limon entre nopales.

Yo os haré ver su pueblo primitivo  
Mitad rudo pastor, mitad guerrero,  
Cuyo robusto labrador activo,  
Cambiado en la ocasion en caballero,  
Lidió, velóz Numida al golpe esquivo,  
Con el ginete colosal de acero;  
Y aplazando con él treguas estrañas  
Corrieron toros y jugaron cañas.

Yo os haré oír sus cuentos populares  
Y sus caballerescas tradiciones  
En torno y al calor de sus hogares;  
Vendreis á sus nocturnas reuniones  
Conmigo, sus combates singulares  
Juzgareis, sus civiles disensiones  
Lamentareis, saldreis á sus campañas  
Y testigos sereis de sus hazañas.

Vendreis á sus palacios contruidos  
Para la guerra á un tiempo y los placeres,  
Y leereis en sus muros, revestidos  
De miniaturas, de oro en caracteres  
Con sacra fé caballeresca unidos  
Los nombres de su Dios y sus mujeres:  
Sin que halleis en la casa que fué suya  
Nada que en pró de su saber no arguya.

De fakies, de reyes y vasallos  
Os contaré los goces y las cuitas:  
Os haré penetrar en sus serrallos  
Y asistir á sus rondas y á sus citas:  
Y sus muebles, sus armas, sus caballos,  
Sus bazares, sus baños, sus mezquitas,  
Desde el hogar hasta la móvil tienda,  
Todo lo vais á ver en mi leyenda.

Que es del poeta grande á maravilla  
El poder, y radiante su mirada,  
Como un fanal que las disipa, brilla  
En las tinieblas de la edad pasada.  
Venid, pues: con las lanzas de Castilla  
Os voy á conducir hasta Granada:  
Y á pesar de sus fieros Africanos,  
En la Alhambra entrareis con los Cristianos.

Tal es, tan grave, tan inmensa y alta  
La empresa nueva y colosal que intento:  
Tal es la altura que atrevido asalta  
Descarriado tal vez mi pensamiento;  
Mas si del vuelo en la mitad me falta  
Fuerza al impulso ó á las alas viento,  
Siempre sabré sin deshonor que, en suma,  
No me faltó el valor, sino la pluma.

¡Tierra oriental, mansion de la alegría,  
Favorita del sol y de las flores,  
Santuario del valor, cuna del dia,  
Paraíso del ocio y los amores,  
Tesoro y manantial de poesía!  
Voy á cantar tu gloria y tus primores.  
¡Tierra de bendicion, al cielo santo  
Pide la suya tú para mi canto!

¡Salve, ciudad del sol, Granada bella,  
Amor de Boabdil, huerto florido  
Que entre nieves estériles descuella,  
Taza de nardos, de palomas nido,  
Diamante puro que sin luz destella;  
Edén entre peñascos escondido,  
Ilusion de esperanza y sueño de oro  
Que halaga aún al corazón del Moro!

¡Salve, vergel, en donde el alba nace  
Y donde el sol poniente se reclina,  
Donde la niebla en perlas se deshace  
Y las perlas en plata cristalina:  
Donde el placer sobre laureles yace  
Y Dios sonríe y la salud domina!  
Divino objeto de mi canto rudo,  
Yo al empezar mi canto te saludo.

Heme aquí, vueltos hácia tí los ojos,  
Descubierta, al nombrarte, la cabeza,  
Con amoroso afán puesto de hinojos,  
Rendido adorador de tu belleza,  
Ofrecerte mis cantos por despojos  
Si dignos son de tu inmortal grandeza;  
Tiéndeme, pues, bellísima Granada,  
Al elevar mi voz una mirada.



Y ¡plegue á Dios que mi amoroso acento,  
Por cima de los montes y los mares,  
Lleve á tu Alhambra sonoro viento  
Que armonía mejor dé á mis cantares:  
Y si te dan á tí contentamiento  
Y algun premio por ellos me buscares,  
Dame á tu vez ¡oh flor de mis amores!  
Sepultura al morir entre tus flores.

## II.

## NARRACION.

Un siglo de desórden y abandono  
Para mal de Castilla habia corrido,  
Y cinco reyes afirmar su trono  
Bajo el régio dosel no habian podido;  
Y todo un siglo, con civil encono  
En contiendas sacrílegas perdido,  
Solo dejaba al pueblo Castellano  
Ira en el corazon, sangre en la mano.

Débil el rey, el prócer insolente,  
Hecho el soldado á la rapiña, al oro  
Aficionado el clero irreverente,  
Rico el judío y descuidado el moro,  
Fué la justicia inútil é impotente:  
Nadie atendió al honor, nadie al decoro;  
Nadie seguro en tan infanda tierra  
Al deber acudió sino á la guerra.

Constituyóse el noble en soberano  
Y el soldado en señor: el caballero  
Se hizo juez, el obispo cortesano,  
Soldado el labrador, aventurero  
El holgazán, bandido el artesano:  
Y, mucha la ambición, poco el dinero,  
Robó al débil el fuerte, y en la oscura  
Tienda el judío vil se hartó de usura.

Rebelde á su monarca la nobleza  
Alzó banderas y allegó parciales:  
Cada solar cambiábase en fortaleza,  
Cada escudo en pendon: y por leales  
Todos dándose á par y con fiereza  
Temeraria batiéndose, á los males  
Abrieron ancha puerta, y fué la España  
Confusa lid, universal campaña.

Hasta el rey portugués entró en Castilla  
Su esposa haciendo á su sobrina Juana,  
Y dividióse en bandos cada villa  
En pró ó en contra de la union profana.  
Airado el Santo Padre á tal mancilla  
La sacrílega union declaró vana:  
Mas, al rayo de su ira, el vulgo ciego  
En lugar de extinguir avivó el fuego.

La fé apagada y el honor extinto,  
Perenne manantial de desconsuelos,  
Denso caos, confuso laberinto  
De pasiones, de crímenes y duelos

De la España infeliz era el recinto:  
Y hundiérase su gloria, si los cielos  
No la enviaran un astro de ventura  
Que la alumbrara en noche tan oscura.

Grande, digna, legítima, valiente,  
Cual repentino el sol tras un nublado  
Aparece mas puro y refulgente,  
Apareció ISABEL. Tronó indignado  
Sobre el clamor de la confusa gente  
Su régio acento, y su pendon sagrado  
Alzando en el tumulto de improviso,  
Postróse el pueblo y la acató sumiso.

De ella en pós el católico Fernando  
Al frente apareció de sus legiones,  
En las banderas de Aragon mostrando  
Las barras á la par de los leones.  
Todo el que noble se juzgó á su bando,  
Por honor ó por miedo, sus pendones  
Unió: y el porvenir con luz mas pura  
Comenzó á esclarecer la edad futura.

Monja en Coímbra la princesa Juana,  
Sin fé su causa y sin valor su bando,  
Vencida la arrogancia Lusitana,  
Rey de Sicilia y Aragon Fernando,  
Reina Isabel en tierra castellana,  
Quietos los nobles y seguro el mando  
Bajo el doble poder de entrambos reyes,  
Tornó España á su prez, tornó á sus leyes.

Acotó la licencia y el cinismo  
De las viejas costumbres relajadas  
La inquisicion sévera: el judaismo  
Sepultó su avaricia en las moradas  
De sus oscuras lonjas; á sí mismo  
Volvió el honor hispano sus miradas,  
Y un siglo entero sin virtud ni gloria  
Vió que manchaba su cristiana historia.

Avergonzada entonces la nobleza,  
Entregó á los monarcas los castillos  
Con que á la rebelion dió fortaleza:  
Y, arrancando sus puentes y rastillos,  
La plebe licenció que la pobreza  
Llevó á su bando: y, libre de caudillos  
Tales, volvió el labriego á sembrar grano  
Y volvió á su taller el artesano.

Vióse libre el erial de bandoleros,  
De cohechos el foro, de judíos  
El mercado, la plebe de usureros,  
La sociedad de vagos y de impíos  
La fé: vióse el erario con dineros,  
Con disciplina la milicia, y, brios  
Dando á Castilla el genio de otra era,  
Tornó á su fuerza y dignidad primera.

Generacion empero entre el bullicio  
De eslabonadas y feroces guerras  
Nacida, y avezada al ejercicio  
De entrar por muros y preparar por sierras,

Llegó en esta el valor á ser un vicio  
Y el pelear costumbre: y en sus tierras  
No hallando ya enemigos á las manos,  
Pensó al fin en los fieros africanos.

Como leon que hambriento se despierta  
Y, al tender la mirada adormecida  
De la llanura en la estension desierta,  
A lo lejos cruzar mal conducida  
La lenta caravana á ver acierta,  
Y avanzado la garra entumecida,  
Crespa la greña y la mirada fosca,  
Para asaltarla en el jaral se embosca:

Así tendió famélica mirada,  
Despertando al honor, el castellano  
Hácia el florido reino de Granada,  
Embalsamado harém del africano.  
Así Castilla alerta y emboscada  
De Isabel bajo el trono soberano,  
Solo esperaba su órden impaciente  
Para caer sobre la mora gente.

La católica reina, sus enojos  
Con varonil prudencia refrenando,  
Fijos tenia los atentos ojos  
En el redil del Agareno bando:  
Y, resuelta á arrancar sus granos rojos  
A Granada uno á uno, con Fernando  
Esperaba en el cielo oír la hora  
Del estermínio de la raza mora.

Y tenia ya Dios determinado  
El desastroso fin de aquella gente,  
Y al término fatal era llegado  
El poder de las tribus del oriente.  
El trono de Al-hamar habia ocupado  
Su penúltimo rey, y á su occidente  
Tocando ya la berberisca luna,  
Huía hácia Castilla su fortuna.

La discordia civil vertido habia  
El licor de su copa envenenada  
En la alma de los árabes, y ardía  
El cráter de un volcan bajo Granada:  
Mas oculto en la tierra todavia  
El fuego asolador, aposentada  
Parecia en la Alhambra la ventura,  
Firme su sólio, su quietud segura.

Reinaba allí Muley Hasan: guerrero  
Mas que rey y político, su mano  
Nunca el cetro empuñó, sino el acero:  
No temió nunca, sino odió al cristiano.  
Ni nunca treguas respetó altanero,  
Ni manchó su decoro soberano  
El tributo pagándole rendido  
Por su padre Ismaél que fué vencido.

En diez años de próspero reinado,  
Al porvenir mirando y al decoro  
De su trono, Muley habia logrado  
Su ejército doblar y su tesoro.

De Africa con los reyes coligado,  
Prevenido á la lid se habia el moro:  
Y, de víveres y armas hecho apresto,  
En pié sus plazas de defensa puesto.

Numerosos sacó de Berbería.  
Escuadrones de tropas auxiliares,  
Del desierto veloz caballería,  
Saeteros de Fez almogavares:  
Y un pié de sus fronteras no tenia  
Sin avanzados puestos militares,  
Ni un cerro de sus reinos á la raya  
Sin el ojo sagaz de una atalaya.

Seguro como un águila en su nido  
En Granada Muley, por sus fronteros  
Guardado, y de sus súbditos temido  
Por los decretos de su ley severos,  
Reinaba en celebrar entretenido  
Con sus enamorados caballeros  
Justas, zambras, saraos deslumbradores,  
En honor de la huri de sus amores.

Es esta la cautiva seductora  
Que Isabel de Solís niña y cristiana  
En Martos se llamó, y á quien ahora,  
En el serrallo de Muley sultana,  
Zoraya llaman, en la lengua mora  
Lucero precursor de la mañana:  
Astro en verdad de amor y de hermosura,  
Mas precursor de asolacion futura.

Por el ardiente amor de esta cautiva  
Olvidado Muley de Aija, su esposa,  
De su presencia y de su amor la priva:  
Y Aija, como oriental fiera y zelosa,  
Y, como reina y afrentada, altiva,  
Disimula la rabia que la acosa  
Alentada no mas por la esperanza  
De tomar en los dos feroz venganza.

Un hijo tiene, Abú-Abdilá llamado (1),  
Del rey versátil, y por ella propia  
En odio de Muley amamantado;  
Mozo gallardo, de su padre copia,  
Mas contrario á su padre por el hado  
Fatal en que nació, traidor acopia  
El odio hácia Muley que Aija respira,  
Y el que su estrella personal le inspira.

Guárdale la sultana con desvelo  
Y témele el monarca por instinto:  
Odiale la Zoraya, con recelo  
De que á sus hijos dañe cuando, extinto,  
Del amor de Muley la prive el cielo:  
Y Abú-Abdilá entre tanto en el recinto  
De Granada parciales allegando,  
Sagaz se forma poderoso bando.

(1) BOARDIL, BUADILAN, BUABDIL, BU-ABDILA. Todos estos nombres dan los escritores cristianos al último rey de Granada, los cuales son corrupción de *محمود بن عبد العزيز* MAHOMED ABU ABD-ALLAH ES-SAGUIR (el chiquito), que era su verdadero nombre. Yo hago uso de todos indistintamente segun me conviene, para la armonía ó la metrificación.



Sospéchalo Muley; la favorita,  
En el amor del árabe fiada,  
Diestra su ódio á su rival escita:  
Pero menos contra ambos osa nada  
Cuanto mas el monarca lo medita.  
Nace así la carcoma de Granada,  
Y Hasan en el peligro se adormece,  
Y el tiempo vuela, y el peligro crece.

¡Escrito estaba y del amor fué pena!  
Perdió Eva al padre de la raza humana,  
A Hércules Deyanira, á Troya Elena,  
Lucrecia al sólio y majestad romana,  
Florinda á Don Rodrigo; y la agarena  
Gente perdióse por la vil cristiana  
Que, dando impura á Boabdil hermanos,  
Dió á sus almas rencor, hierro á sus manos.

¡Escrito estaba! comprendiólo luego  
El postrimer monarca granadino:  
Y, según el Korán, el hombre ciego  
Torcer no puede su fatal destino.  
¡Escrito estaba! lágrimas de fuego  
Vertiendo del Padúl sobre el camino  
Lo dijo Abú-Abdil, hácia Granada  
Triste volviendo la postrer mirada.

Y escrito estando é inmutable siendo  
El fallo del destino, hácia su ruina  
Arrastrado por él iba corriendo  
Sordo y ciego Muley, á la divina  
E inescusable voluntad cediendo:  
Y esclavo del amor que le domina,  
En mantener no mas piensa á Granada  
Esclava de su hermosa renegada.

Solo por eso su grandeza estima,  
Su prez en mantener piensa por eso:  
Por eso ardor de combatir le anima,  
Triunfos soñando su amoroso esceso.  
Por eso de su alcázar desde encima  
Del muro y agobiado bajo el peso  
De su amante ambición, se le veía  
Mirar la vega al trasponer el día (1).

Desde el adarve real de su alcázar  
De la Alhambra, Muley con complacencia  
Del granadino reino contemplaba  
La amenidad y próspera opulencia:  
Y al cristiano poder desafiaba  
Con desdeñosa y bárbara insolencia.  
Al lejos divisando los pajizos  
Muros de sus castillos fronterizos.

Sonreía el infiel con arrogancia,  
Mirando las montañas guardadoras  
De su tierra, y en fértil abundancia  
Las tribus de sus pueblos moradoras.

(1) VEGA: significa, en árabe, llano extendido entre montañas; palabra que se conserva en español: *es* bekah. Asimismo la palabra *cármén*, que significa *vina*: *es* karm, la cual plantaban los moros en sus jardines.

Sonreíase al ver en la distancia  
Del Africa arribar las naves moras,  
Sobre un mar que parece en lejanía  
Un cenidor azul de Andalucía.

Embriagábase el árabe de orgullo  
Contemplando la espléndida hermosura  
De su vega, y servíale de arrullo  
El misterioso son con que murmura  
La sociedad, y el singular murmullo  
Que armoniza do quier el aura pura,  
Cuando orea con ala sossegada  
La region por los hombres habitada.

Absorto contemplaba el noble moro  
La vega granadí, huerta estendida  
De su corte á los piés, rico tesoro  
De ocio y placer y manantial de vida:  
Y el alma de Muley, en sueños de oro  
Con pereza oriental adormecida,  
Se gozaba en mirar desde la altura  
Por milésima vez tanta hermosura.

En aquel cielo azul y transparente,  
Pabellon de cristal sin mancha alguna,  
Lucen sobre la tierra eternamente  
Serenos el rojo sol, blanca la luna.  
Allí Genil su límpida corriente  
Vierte con Darro y Monachil á una,  
Brotando á sus regueros creadores  
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el cedro fragante y los almeces  
Amados de los pájaros campean  
De Jericó á la par con los cipreses;  
Las vides de Falerno allí se olean  
Entre pajizas y preñadas mieses,  
Que magnolias espléndidas sombrean:  
Y allí las cañas del Jordan sonoras  
Zumban entre las palmas cimbradoras.

Las de la humana ciencia mas ignotas  
Salutíferas plantas allí quiso  
Dios fecundar, y de las mas remotas  
Tierras los frutos dió á su paraíso:  
Los sagrados laureles del Eurotas,  
Los poéticos tilos del Pamiso,  
De Estambul los ardientes tulipanes,  
De Cartago los frescos arrayanes.

Por sus fragantes y purpúreas rosas  
Sus rosas la cedió Alejandría:  
Por sus morenas hijas voluptuosas,  
Sus hijas la Circasia la daría:  
El zumo de sus vides deliciosas  
La campiña de Chipre envidiaría,  
Su frescura los bosques de la Ausonia,  
Sus árabes pensiles Babilonia.

Tal es la vega de Granada: tales  
Las delicias que encierra, y que el monarca  
Desde sus ajimeces orientales  
Con mirada de halcón ufano abarca.

Tal es su reino entero; y en sus reales  
Alientos le parece ofrenda parca  
Que llevar á los piés de la que adora,  
De Zoraya, lucero de la aurora.

Por eso se estasia contemplando  
Sus tierras y su corte defendida  
Por las bravas legiones de su mando,  
De mil y treinta torres guarnecida:  
Y al pensar en la corte de Fernando,  
En sus tierras aún no establecida,  
"Venga á pedir, esclama, si se atreve  
El vil tributo que Muley le debe!"

Y he aquí que, concluyendo en estos días  
El plazo de unas treguas especiales,  
Que acotaban las locas correrías  
Lícitas por las treguas generales,  
No pasando la empresa de tres días,  
No batiendo tambor, ni alzando reales,  
Presentóse en la vega una mañana  
Un escudron de gente castellana.

Corto, pero á la lid apercebido,  
Compañante apenas cien ginetes  
Que estátuas parecían de bruñido  
Sonante acero. El rostro en los almetes  
Bajo de las viseras escondido  
Traían: sobre malla coseletes  
De triples pasadores barréados,  
Los caballos de hierro encubertados.

Mazas de nueve puntas y afiladas  
Hachas de desarmar en los arzones:  
Puñales de Milan y anchas espadas  
De Toledo en la cinta, los lanzones  
Al brazo, y en lugar de las rizadas  
Plumas, una cruz de oro en los crestones  
Y otra al pecho, diciendo en un letrero:  
A SU LUZ VIVO Y A SU SOMBRA MUERO.

Del cristiano escudron á la cabeza  
Marchaba un caballero de Santiago  
Comendador, templando la fiereza  
De un potro negro, que al continuo halago  
De su señor responde con nobleza  
Cabeceando orgulloso, y al amago  
Del acicate esquivo, á cada instante  
Quiere escapar con ímpetu pujante.

Era este capitán don Juan de Vera  
Del solar de Mendoza: castellano  
De recto juicio y de virtud severa,  
Celoso asaz del esplendor cristiano.  
Conoce y teme la morisma entera  
Su audaz valor y su pesada mano:  
Y en el tumulto de la lid confusa  
Quien héroe no es su encuentro escusa.

Con paso grave y continente altivo  
Por entre el moro pueblo, que le mira  
Con ojo torvo y ademan esquivo,  
Llegó don Juan al torreón de Elvira:

Y vuelto á un renegado que cautivo  
Trae, con voz que majestad respira  
Y en Español, mirando á su decoro,  
Dijo, aunque sabe bien la habla del Moro:

"Dí al capitán del puesto, en Africano,  
Que de estas puertas al umbral espera  
Licencia para hablar al soberano,  
En nombre de su rey, don Juan de Vera:  
Y que para él y su escudron cristiano  
Pide hospitalidad franca y sincera  
Por una noche; pues su real mensaje  
Cumplido, torna á continuar su viaje."

El renegado en árabe tradujo  
Lo dicho al capitán, el cual montando  
Una yegua que Córdoba produjo  
Y en sus dehesas pació su césped blando,  
Por la árabe ciudad les introdujo  
Hasta que, el alto Bib-Leujar pasando,  
De sus bosques cruzando el laberinto  
Les dejó del Al-hambra en el recinto.

Régia hospitalidad y alojamiento  
Cómodo el moro rey, de su alcázar  
En una de las torres al intento  
Dispuesta, dióles: muchedumbre esclava  
A sus órdenes puso, cuyo atento  
Cuidado pronto á su obediencia estaba:  
Y les sirvió en opípara comida  
Con caliente manjar fresca bebida.

De ella al fin un kadí, severo anciano  
De barba luenga y paternal mirada,  
Llegó á don Juan y díjole: "Cristiano,  
La luz de Aláh te alumbra. Tu embajada  
Recibirá mañana el soberano.  
Huéspedes del monarca de Granada  
Sois tú y los tuyos esta noche; mide  
Por tu deseo su largueza, y pide."

"Anciano, replicó don Juan de Vera,  
Da gracias á tu rey por su hospedaje,  
Y dile que jamás de otra manera  
A caballeros de mí fé y linaje  
Que tratara esperé: que á la primera  
Luz del prócsimo día mi mensaje  
Que oiga le ruego: pues la misma tarde  
Debo partir. He dicho: Dios te guarde."

Retiróse don Juan á su aposento;  
Mas no sin ver si su cristiana gente  
Tenía cerca de él alojamiento  
A caballeros tales conveniente;  
Y, con todo el rigor del campamento  
Guardado el torreón militarmente,  
Después de haber sus oraciones hecho  
Tendióse armado en el morisco lecho.